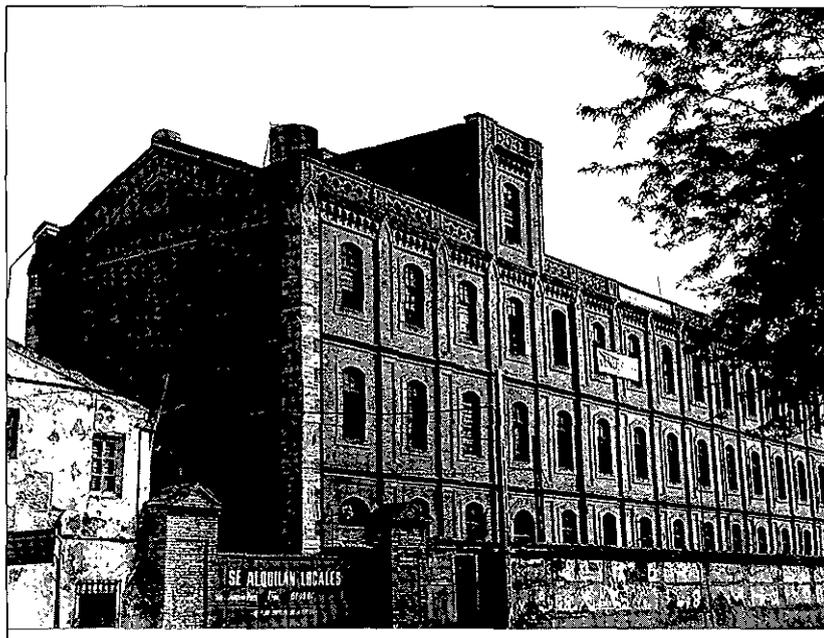




Del nuevo interés por el «Patrimonio Industrial»

por M. Gallego A.

EN estos últimos años, empiezan a ser valorados edificios que antaño pasaban desapercibidos estéticamente. Este desapercibimiento tal vez tenga que ver con que han sido sedes de trabajo, sedes productivas, y su arquitectura, evi-



dentamente, sobria y funcional. Me refiero sobre todo a las fábricas. Lo que últimamente denominan los arquitectos «patrimonio industrial».

Bajo este concepto engloban a todo tipo de construcción que, desde la Revolución Industrial, ha llevado a cabo su labor transformadora bien en la ciudad, bien en su cercano entorno, y que abandonadas ahora -necesitan las fábricas espacios más cómodos y la ciudad aire más limpio y menos ruido- se convierten en ruinas o en pasto de la especulación y de las palas mecánicas.

Llama la atención, tal vez consecuencia del desapercibimiento del que hablábamos arriba, que sea este patrimonio industrial, en nuestros días, de los más agredidos en cuanto a legado arquitectónico se refiere. Desaparecen por montones, fábricas de estética singular que han marcado -esto es sin duda lo importante- el pálpito de una ciudad y la organización de su espacio envolvente en todos los órdenes: jerárquico, estructural-espacial, perceptivo.

Muestra del aludido interés que despierta

este patrimonio, es la reciente publicación «Arquitectura Industrial en España. 1830-1990» que, en Cuadernos Cátedra, puede encontrar el interesado, del autor Julián Sobrino. Aunque ensayo que abarca sólo las

pautas históricas marcadas según las directrices de los más importantes focos industriales españoles, y del foco que mejor conoce el autor sobre todos ellos, Sevilla, no debe pasar desapercibido a los espíritus sensibles -que suelen ser los que no tienen ni medios ni ganas- para recapacitar un poquito. Porque ciertos núcleos que no se pueden llamar urbanos, como Manzanares, también tienen en peligro este patrimonio. Además, difícilmente habrá mejor ejemplo de una incrustación del edificio en un entorno y en su organización, no le faltará singularidad ni valor estético, ni carecerá de posibilidades de proyección futura o acomodo a una nueva función, para él y para el entorno. Difícilmente se encontrará otro edificio que hable de la latente reciente historia, y que destaque y que mueva a compasión. Me refiero, claro está, a nuestra Fábrica de Harinas, por no referirme a la Larios y de alcoholes, que tanto da.

Y donde venía la reseña del libro precedente, «El País» del 24 de agosto de 1996, venía